



Acerca de la situación internacional

Ángel Tello*

Con esta presentación intentamos discutir y plantear algunas de las ideas y dudas que actualmente dominan la escena mundial. Para ello nos referiremos centralmente a lo que estimamos son los grandes ejes o contenidos, refiriéndonos a situaciones puntuales sólo si son necesarias para dar más sustento a los mismos.

El fin de la bipolaridad significó un cambio importante y trascendente del sistema internacional. Multipolar para algunos, unipolar para otros, un poco de los dos para todos. Lo que quedó con mayor posibilidad de ocurrencia es un mundo en transición hacia un esquema de poder multipolar, mundo que arrastra las condiciones de un sistema que murió y en movimiento hacia otro que no termina de nacer. Fin de la historia, choque de las civilizaciones y otras fórmulas, elaboradas por reconocidos intelectuales norteamericanos, trataron en su momento de hallar respuestas teóricas que facilitarían una interpretación única de los cambios; sin embargo, terminaron por convertirse en explicaciones parciales, dogmáticas, superficiales, cuando no bastante alejadas de la realidad.

La disputa Este-Oeste ofreció marcos referenciales más o menos previsibles a aquellos pueblos, naciones y comunidades ubicados en una parte del mundo y que miraban con simpatía y esperanza hacia la otra. Así ocurrió tanto para los vietnamitas que combatieron contra el colonialismo francés y más tarde contra los norteamericanos, como para los polacos que aspiraban a terminar con la dominación soviética, señalando a estos dos ejemplos como mera referencia, pero no por ello únicos o ignorando otros. También la disputa mencionada ofreció una alternativa –el Movimiento de Países No Alineados– para aquellas naciones y pueblos que no deseaban subordinarse a alguno de los bloques y podían permanecer a cierta distancia de ambos.

Todo ello es historia antigua –hasta podríamos decir lejana– en la actualidad, dada **la aceleración que presentan los procesos de cambio político, económico y de poder que atraviesan la totalidad del ecúmene y**

* Doctor en Relaciones Internacionales (IRI - UNLP). Miembro de la Comisión Asesora del Doctorado en Relaciones Internacionales (IRI - UNLP). Docente de la Maestría y del Doctorado en Relaciones Internacionales (IRI - UNLP). Coordinador del Departamento de Seguridad Internacional y Defensa (IRI - UNLP).

cuya probable evolución obliga a adoptar términos más apropiados como incertidumbre, probabilidades y posibilidades. En el contexto mencionado, resultan útiles y necesarias a la investigación teórica las herramientas metodológicas que ofrecen, por un lado, la teoría del caos formulada por la mecánica cuántica según la cual, establecidas las condiciones iniciales de un acontecimiento, éste puede seguir en su desarrollo ulterior diferentes trayectorias; la dialéctica, por otro lado, cuando afirma que el movimiento es lo único que permanece de la desaparición y que todo está sometido al mismo. “Sólo Dios no tiene historia”, sentenciaba Hegel, cuando sostenía que la historia no es otra cosa que el movimiento de la humanidad y del universo.

El sistema bipolar facilitó explicaciones relativamente sencillas y en las cuales predominaron las certezas y las ideas cerradas y *completas*. En cierto modo, tanto en el Este como en el Oeste, aun bajo el influjo de justificaciones ideológicas diversas prevalecieron las ideas de la Ilustración, al menos en uno de sus aspectos más controvertidos, al concebir la realidad social como algo preestablecido y al ser humano como el engranaje de una inmensa maquinaria que escapa a su control y voluntad. Esto pudo observarse tanto en el mundo occidental como en las bases filosóficas y doctrinarias del marxismo. Sin embargo, “la voluntad no es una fábula absurda” afirma Alexander Yakovlev, Director del Departamento de Ideología del PCUS en tiempos de Gorbachov, cuando se refiere al punto de vista marxista que caracteriza la evolución de las sociedades y sus conflictos a partir de la presencia de un conjunto de leyes de cumplimiento obligatorio.

Tal como sostenía Epicuro, filósofo de la antigüedad clásica griega y uno de los padres del estoicismo: “...el destino aparece como el amo de todo y el sabio de mofa, pues más vale someterse a la voluntad de los dioses, de los cuales obtendremos alguna recompensa como retribución por los honores que les tributamos, que al destino de los físicos, que plantean el devenir de las cosas como algo inexorable e inmodificable”.

Un interesante intercambio de ideas realizado hace una década en la Academia de Baviera entre Joseph Ratzinger y Jürgen Habermas, cuyo tema central fue “Fe o razón”, echó luz sobre *el* debate de todos los tiempos, de gran presencia en los momentos actuales: analizar el lugar que ocupa el ser humano en la construcción de su propio destino y en el de las instituciones que lo contienen. Se trata fundamentalmente de dilucidar la relación del hombre con lo trascendente.

El *dilema del determinismo* de Karl Popper plantea con envidia aquello que el sentido común sostiene, según el cual todo acontecimiento es producido por otro acontecimiento de manera tal que puede ser predicho o explicado; y que también el sentido común le asigna a las personas sanas y adultas la capacidad para elegir entre diferentes caminos de acción. Lo que aquí se está exponiendo es la relación de los seres humanos con el mundo y con

el tiempo. Según este punto de vista, el tiempo no es algo fenomenológico, no somos los humanos los responsables entre el pasado y el futuro, pues todas las cosas tienen un antes y un después; dicho de otra manera, todas las cosas se hallan sometidas al movimiento.

Por ello, cuando aparece la controversia, muy actual en las prácticas políticas vigentes en algunas regiones del mundo, acerca de si existe una razón divina diferente de la razón humana, es oportuno recordar la síntesis de Hegel cuando escribía: “No hay dos razones o dos espíritus, la razón del hombre es lo que hay de divino en el hombre”.

Las ideas que le otorgan un rol central al *destino* de Epicuro en la construcción de las sociedades, también en el ordenamiento de la vida humana, cuentan con predicamento en la actualidad al recuperar los viejos pero siempre vigentes postulados de la Ilustración. Siguiendo estos razonamientos, el mercado emerge como “el amo de todo” y aquél que ose no someterse a sus designios sufrirá la peor de las condenas, porque una suerte de maldición divina caerá sobre él. **El fundamentalismo del mercado**, tal como lo caracterizó hace algunos años George Soros, **o bien el mercado autorregulado, conforman el sustrato ideológico y práctico de un ser social globalizado en el cual cada individuo, y también sociedades enteras, aparecen como objetos y no como sujetos de su propio destino.** No estamos, en consecuencia, demasiado alejados de la realidad si nos atrevemos a afirmar que el marxismo, en su versión filosófico-ideológica, ha encontrado un terreno propicio en la globalización y en esta suerte de capitalismo desmadrado, pues se comprueba aquello de que “...el ser social determina la conciencia”, uno de los principios básicos de la teoría de Marx, lo que nos lleva a pensar en cierta forma si la razón (materialista) no se ha impuesto a la fe; dicho de otra manera, si no ha echado por tierra valores y creencias.

Si aplicamos a estos conceptos la secuencia dialéctica de Hegel conformada por la tesis-antítesis-síntesis, de la cual el fundador de la Primera Internacional se reclamaba un continuador, debemos preguntarnos cuál es la antítesis del *ser social* marxista en este mundo globalizado, cuando se lo presenta ya definido y, para algunos, preestablecido. La antítesis no puede ser otra que una recuperación de la conciencia, es decir, de la fe, los valores y las creencias. Tal como lo planteó en su momento el citado Yakovlev en su libro *Le vertige des illusions*: la antítesis nunca fue tomada seriamente en cuenta por los marxistas, que se quedaron aferrados a una concepción determinista del ser social.

En los tiempos actuales, diversas manifestaciones de pueblos, naciones, comunidades e individuos que aspiran recuperar su razón de ser y de existir, tanto como su identidad, deben ser incluidas en este segundo término de la secuencia hegeliana, es decir, en la antítesis a la globalización y en tránsito hacia una síntesis imprevisible por el momento y que ofrece varias posibilidades de ocurrencia.

El neoliberalismo fortaleció uno de los términos de la oposición y generó, como no podía ser de otra manera, la reacción contraria.

Analicemos algunos datos económicos que ayudarán a comprender lo acontecido durante los últimos años.

La crisis

Resulta apropiado traer aquí algunos números interesantes de la realidad estadounidense que merecen nuestra atención: entre 1947 y 1973 la quinta parte más pobre de la sociedad norteamericana aumentó sus ingresos en un 116%, mientras que, entre el último de aquellos años y 2004, ¡creció solamente un 12,8%! Como contraparte, el 1% más rico de la población que concentraba en 1948 el 7% de los ingresos, en 2008 obtenía el 16%.¹

Algo parecido ocurría en la Europa occidental de la posguerra, donde la imposición sobre las grandes fortunas se redujo, de una media del 83% en los años sesenta del siglo XX, al 32% de los noventa. En el caso de los Estados Unidos, el impuesto a las grandes fortunas llegaba al 91% en 1964 para reducirse, como en el Viejo Continente, a menos del 30% en la actualidad, Reagan y Milton Friedman mediante.

Hacia finales del siglo veinte el mundo producía más bienes y riquezas que antes, habiéndose registrado en paralelo una distribución cada vez más desigual de los mismos. En el caso europeo, sin embargo, el proceso, con la excepción de la Inglaterra tatcheriana, fue algo más lento que en los Estados Unidos: tanto la presencia política del bloque socialista encabezado por la Unión Soviética como las movilizaciones populares, tal como lo señala el Premio Nobel Joseph Stiglitz, dificultaron la imposición de las recetas neoliberales. “El apogeo de las doctrinas neoliberales tuvo lugar quizás entre 1990 y 1997, tras la caída del Muro de Berlín y antes de la crisis financiera global. Algunos tal vez argumenten que el final del comunismo marcó el triunfo de la economía de mercado y la creencia en los mercados autorregulados. Pero esa interpretación, me parece, es equivocada. Después de todo, dentro de los mismos países desarrollados, este período estuvo marcado casi en todas partes por un rechazo de tales doctrinas, las del libre mercado de Reagan y Thatcher, en favor de políticas demócratas nuevas o laboristas nuevas. Una interpretación más convincente es que durante la Guerra Fría los países industrializados sencillamente no pudieron arriesgarse a imponer estas políticas, que tanto afectan a los países en desarrollo. Estos últimos tenían una opción; Occidente y el Este se granjeaban su apoyo, y los evidentes fracasos de las recetas occidentales los hacía voltear hacia el otro lado. Con la caída del Muro de Berlín, estos países ya no tenían a dónde ir. Ahora podían impo-

¹ Attali, Jacques. *¿Y después de la crisis qué...?* Gedisa. Barcelona, 2007. Pág. 45.

nérseles estas doctrinas riesgosas con impunidad. Pero esta perspectiva no sólo es insensible; es también estrecha: hay una miríada de formas desagradables que el rechazo a una economía de mercado que no funciona al menos para la mayoría, o para una gran minoría, puede asumir. Una economía de mercado supuestamente autorregulada puede generar un capitalismo mafioso —y un sistema político mafioso—, preocupación que por desgracia es ya algo muy real en algunas partes del mundo”.²

Este fenómeno del incremento global de la pobreza al mismo tiempo que crecía la riqueza, en los países del Sur adquirió características dramáticas, tal como pudimos comprobarlo los argentinos en carne propia durante la dictadura militar y los años del menemismo. Mencionemos al pasar que datos del Banco Mundial señalan para Argentina, durante los últimos años, la ampliación de la brecha entre el 10% más rico y el 10% más pobre, situada la misma en 19 veces en 1993, 24 veces en 1998, 26 veces en el año 2000 y 32 veces en 2008.

Todo ello demuestra dos cosas: en primer lugar, el estruendoso fracaso de la conocida y propalada “teoría del derrame”; en segundo lugar, que el mercado, librado a su suerte, no distribuye si sobre el mismo no se ejerce una fuerte acción política. Un dato a tener en cuenta indica que durante los célebres “treinta gloriosos” años, aproximadamente entre 1950 y 1980, la media de crecimiento de los países desarrollados y algunos en vías de desarrollo se situó en torno al 4,8% a partir de una consistente intervención del Estado en la economía; mientras que a partir de los ochenta-noventa, marcados por la impronta neoliberal y la marginación del Estado, la media se ubicó en el 2,1%, según consignan el FMI y el Banco Mundial. Estos datos muestran la otra falacia cuando se sostenía que el Estado es el problema y no la solución, puesto que su intervención impedía el crecimiento de las naciones.

Uno de los grandes actores de esta evolución fue, y continúa siéndolo, el sector financiero y bancario, habiéndose convertido en un lapso corto de tiempo en uno de los elementos centrales de la globalización, con una importante autonomía en relación a la producción de bienes al adquirir un peso desproporcionado en las economías nacionales, transformando al sistema internacional en un gran casino de juegos.

En este mundo globalizado, con elevados niveles de articulación entre los países, se expandió rápidamente la crisis económico-financiera que se inició en 2007-2008 como consecuencia, entre otros factores, de la quiebra de Lehman Brothers. De manera severa los Estados Unidos, Japón, la Eurozona y el Reino Unido padecieron —y aún padecen— sus efectos. El camino recorri-

² Stiglitz, Joseph. Prólogo a *La gran transformación* de Karl Polanyi. FCE. Buenos Aires, 2007. Pág. 17.

do en cada uno de ellos fue similar: hiperdesarrollo de actividades financieras con alto apalancamiento bancario (modalidad de financiamiento de inversiones con fuerte endeudamiento) que, en el caso de algunos bancos de inversión, podían hacerlo hasta 40 y 50 veces su capital en tiempos en que Henry Paulson era el Secretario del Tesoro de George W. Bush; escasa regulación y poco control financiero (*hands off* para el Estado); y entidades bancarias comprometidas por carteras con activos denominados tóxicos. Ello vino acompañado con un cuadro recesivo en las economías más desarrolladas y el repetido salvataje financiero, así como las tibias medidas de estímulo a la producción frente a la recesión, generando por otro lado un abultamiento del déficit fiscal y el incremento a niveles comprometedores del endeudamiento público, a partir de lo cual se ha puesto en marcha un peligrosísimo círculo vicioso.

Aludiendo al giro descontrolado del sistema financiero internacional, el ex presidente de Alemania y ex director del FMI, Horst Köhler, señalaba, en una entrevista, una de las causas de la crisis iniciada en 2008: “Pregunta. ¿Quién tiene la culpa? ¿Un puñado de individuos codiciosos o el espíritu de la época? Köhler: Hay una evolución social que se basa en el siguiente principio: todo el mundo quiere hacerse rico y, en principio, además, con el mínimo esfuerzo personal. La gente pensaba que hacer negocios con el dinero era la forma más rápida de lograrlo; así no hay que partirse la espalda trabajando. Por desgracia, esta mentalidad se ha generalizado. Si buscamos adquirir una nueva conciencia del valor del dinero, también tendríamos que desarrollar una nueva conciencia del valor del trabajo”.³

Ello es la consecuencia de que, con la instauración del neoliberalismo, la puja de los mercados se hizo cada vez más fuerte. Frente a la competencia que les planteaban los productos importados, provenientes en gran medida de los países hoy denominados “emergentes”, muchas empresas asentadas en Europa o en los Estados Unidos apelaron para sobrevivir a la reducción de salarios y a recortes drásticos de los beneficios sociales (tal como sucede actualmente con las durísimas medidas de ajuste impuestas al Estado griego). Empresas que también deslocalizaron en muchos casos sus procesos de fabricación, es decir, cerrar plantas en sus países de origen para reubicarlas en otros con salarios más bajos y condiciones de trabajo mucho más precarias. Un caso paradigmático ha sido el de la empresa automotriz General Motors en 2009: se le entregó un importante paquete de ayuda por parte del Estado norteamericano a cambio de recortes drásticos del personal y de los salarios. Señalemos al pasar que, antes de la crisis de 2007-2008, un operario de Toyota muy calificado percibía por la hora de trabajo en Detroit la

³ Köhler, Horst. *La banca se alejó de los fundamentos éticos*. Entrevista publicada por el periódico El País. Madrid. 26 de octubre de 2008. Pág. 6.

suma de 78 dólares; por la misma tarea, igual tiempo de trabajo e idéntica calificación ganaba 28 dólares en Japón y, en iguales condiciones, 12 dólares en China. A todo ello debemos agregar lo que han observado tanto Stiglitz como Paul Krugman para el caso de los Estados Unidos, cuando sostienen que el elevado nivel de consumo de las familias norteamericanas se financiaba con deuda y más deuda, en un contexto marcado por tasas de interés bajísimas, y sin responder a un círculo virtuoso de crecimiento de la producción local. El problema puede resumirse entonces en que se trató de sociedades que gastaban más de lo que producían, con el agravante para el caso norteamericano de un excesivo gasto militar.

No nos parece necesario explayarnos con otros números, harto conocidos, acerca del espectacular crecimiento económico de China desde hace más de veinte años, crecimiento que de seguir así ubicará a esta nación asiática a la cabeza de la economía mundial en una década más.

Desde nuestro punto de vista, China está efectuando una interesante lectura marxista del capitalismo, particularmente en lo que concierne al trabajo como fuente creadora de valor y de plusvalía. Observa Marx: “Sin duda, el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo contenida en ella, pero esa cantidad misma está a su vez determinada socialmente. Si ha cambiado el tiempo de trabajo socialmente requerido para su producción —y, por ejemplo, una misma cantidad de algodón representa en cosechas desfavorables una cantidad de trabajo superior a la que representa en cosechas favorables— ello repercute en la mercancía anterior; la cual funciona siempre como ejemplar singular de su especie, cuyo valor se mide siempre por trabajo socialmente necesario, esto es, trabajo siempre en las condiciones sociales presentes”.⁴

Otro aspecto que se suma al anterior está conformado por aquella idea de Marx de que el desarrollo del capitalismo llegado a su grado más elevado llevaría casi naturalmente al socialismo, debido a que una inmensa mayoría de la sociedad revistaría en las filas del proletariado. De allí el *socialismo con características chinas* de Deng Xiaoping. Tal como lo expone Henry Kissinger en su obra *China*, cuando se refiere a sus diálogos con el dirigente mencionado: “El heredero de la China de Mao defendía los principios del mercado, el riesgo, la iniciativa privada y la importancia de la productividad y del espíritu empresarial. El principio del beneficio, según él, no reflejaba una teoría alternativa al marxismo, sino una observación de la naturaleza humana”.⁵

Muchos estudiosos observan las características peculiares que presenta China dotada de un enorme territorio y una exuberante cantidad de pobla-

⁴ Marx, Karl. *El Capital*. Libro I: El proceso de producción del capital. Capítulo sexto. Alianza Editorial. Madrid, 2010. Pág. 152.

⁵ Kissinger, Henry. *China*. Debate. Madrid, 2011. Pág. 456.

ción, elementos que contribuyen al desarrollo de un mercado interno formidable con posibilidades de consumo a futuro superiores a las de Europa y los Estados Unidos reunidos; ello es así, pero nos quedaríamos en un enfoque parcial si limitamos nuestro análisis a estos factores. El pueblo chino conserva, desde hace milenios, una cultura del trabajo muy influenciada por la filosofía de Confucio, reciclada a los tiempos actuales por el Partido Comunista después de mucho tiempo de haber sido denostada; según ésta, el trabajo constituye un fin en sí mismo y así ocurre en la vida de las personas, a diferencia de la idea enunciada por Aristóteles y una de las bases de la cultura occidental de que "...el fin del trabajo es el reposo"; dicho de otra manera, el trabajo concebido como un medio para una vida plena. En otro orden de cosas, debemos constatar una importante evolución del PC chino hacia posiciones más nacionalistas y menos atadas al dogma marxista, como elementos que contribuyen al fortalecimiento de la identidad y a la unidad de una sociedad diversa y compleja.

En este contexto, que también puede ampliarse en sus trazos fundamentales, aunque bajo otras condiciones, a los demás países del BRIC (Brasil, Rusia, India y China), emerge naturalmente aquello que en su momento Alain Peyrefitte denominó "valor inmaterial" o *confianza*, antes de que Francis Fukuyama escribiera *Trust* después de dar marcha atrás con su polémico y discutido pronóstico del "Fin" de la historia.

Este valor inmaterial es lo que a lo largo de la historia ha contribuido al crecimiento del poder relativo de algunas naciones en detrimento de otras y se relaciona con las creencias, los valores, las relaciones humanas, la solidaridad, etc. Valores frente a los cuales la economía y el mercado –por importantes que sean– ocupan un lugar secundario. Esto es lo que nos proponemos considerar a continuación.

Valores e intereses

El Tratado de Westfalia, al dar por concluido un extenso período de guerras de religión, consagró la autoridad del Estado por sobre las creencias particulares, para lo cual apeló a la sentencia: *lealtad al príncipe a cambio de libertad religiosa*. En cierto modo, con este Instrumento se inició un proceso que tuvo una expresión importante en la Revolución Francesa de 1789, transfiriendo la soberanía –que hasta entonces se creía provenía de Dios al rey– al pueblo. Por este medio los conflictos de intereses entre Estados soberanos pasaron en una proporción importante a predominar sobre los conflictos de valores, que habían estado en la base de las guerras de religión del siglo XVII. Intereses existieron siempre y no puede desconocerse que, detrás de las confrontaciones entre católicos y protestantes, permanecían disputas de poder, dinásticas, territoriales, etc. La novedad post Westfalia está en los valores encapsulados en intereses.

Tanto el neoliberalismo como en cierta medida el marxismo, hicieron de la acumulación de bienes materiales el alfa y el omega de la vida y del éxito social y/o individual. Ambas concepciones, marcadamente materialistas, ubican en el centro de sus objetivos el incremento de los bienes, en lo individual en el caso de los neoliberales capitalistas, en lo social en el caso de los marxistas. Los primeros, exitosos en los años noventa del siglo XX, agregaron a su *doxa* el “fin” de las ideologías, lo que no era otra cosa que procurar la erradicación de aquellos valores y creencias que obstaculizaban sus designios para imponer los propios, tan ideológicos como los otros. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que los intereses se colocaron por encima de los valores en el período mencionado.

El problema surgió cuando las políticas neoliberales, que pretendieron hacer del mercado una especie de dios que bajó a la Tierra, generaron desigualdades de todo tipo, tal como fue señalado, con la resultante acumulación “obscena” (el término es del presidente Obama) de las riquezas en muy pocas manos.

Por ello debemos destacar que, así como durante más de una década los individuos atribuyeron su condición carente de recursos y sus fracasos a su propia incapacidad o bien a la falta de adaptación a los “nuevos vientos” que planteaban el neoliberalismo y el mercado; esta percepción funcionó hasta que estalló la burbuja financiera y las sociedades comenzaron a tomar conciencia de que sus carencias y sufrimientos se originaban en gran medida en un sistema de poder profundamente perverso, frente al cual el individuo aislado poco o nada podía hacer. Sistema que, además, mostraba a la luz del día el fracaso rotundo para articular su discurso con una realidad cada vez más frustrante para miles de millones de seres humanos.

Aquellos que disponen de poder (el sector financiero internacional, las empresas trasnacionales, mafias de todo tipo, etc.) no poseen legitimidad de origen; sin embargo, tienen una capacidad importante, cada vez mayor, para decidir sobre la vida de las personas; otros, que sí cuentan con la necesaria legitimidad de origen, carecen de poder en muchos casos no ya para cambiar radicalmente la realidad, sino para intentar modificarla, aun moderadamente. Esto no sólo estuvo en las razones de fondo del debilitamiento de los Estados más allá de los discursos y argumentaciones, sino que también contribuyó al debilitamiento de los mecanismos de acción colectiva, en fin, de lo político como expresión altruista de la búsqueda del bien común, el bienestar general y la solidaridad.

Lo político, en este contexto, quedó para muchos como manifestación de una carrera desenfundada hacia el éxito individual y el enriquecimiento personal a costa de los dineros públicos.

Otro aspecto importante a considerar es el avance vertiginoso de los medios de comunicación, lo que le ha facilitado a cada habitante de este planeta tomar conciencia de su situación, y apreciar, por otro lado, cómo se ha

ido transformando en objeto de las decisiones de otros y no en sujeto de su propio destino. El profesor norteamericano Benjamin Barber observa con razón que la impresión de la Biblia en su momento contribuyó a la Reforma protestante, al permitir que el libro sagrado sea conocido e interpretado por muchas más personas, más allá de la exclusividad que hasta ese entonces era patrimonio de los claustros religiosos. ¿Qué ocurrirá ahora con twitter, facebook, internet, la televisión, radios, prensa escrita, etc.? ¿Las “primaveras” árabes no constituyen un adelanto de lo que viene?

Al mismo tiempo que millones de personas se movilizan por una mayor participación en los asuntos públicos, en el escenario neoliberal la democracia aparece de manera inesperada como una de las grandes perjudicadas por esta nueva realidad desde el preciso instante en que lo colectivo, la política, cede ante lo individual, ante el *sálvese quien pueda* y ante cualquier esquema de solidaridad. A ello debemos añadir, además, que el país con los mayores índices de crecimiento económico en la actualidad es la República Popular China, que no es democrática –al menos tal como se entiende la democracia en Occidente–, con lo cual se cae aquella teoría que vincula a la democracia como condición necesaria para el desarrollo del mercado. Corresponde señalar también el peso creciente que las grandes corporaciones tienen en el manejo del poder en los Estados Unidos al margen de la voluntad de los ciudadanos, situación brillantemente analizada por el profesor de Princeton Sheldon Wolin en su libro *Democracia S.A.* cuando hace referencia al “totalitarismo invertido”.

También, hecho de gran actualidad, lo que significa **la imposición de gobiernos “técnicos” (no políticos ni legítimos, se entiende) a las naciones que presentan graves problemas económicos en Europa (Grecia, Italia), sin que los mismos estén consagrados por el voto popular, al tiempo que a estos países se les imponen novedosos mecanismos en la toma de decisiones que se deciden en Berlín o Bruselas e implican pérdidas significativas de soberanía. La democracia, bien, gracias.**

“Occidente perdió el monopolio del relato”, sostiene con razón el ex ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Hubert Védrine. La historia de progreso ininterrumpido y feliz que idearon los positivistas, y desde otro ángulo político e ideológico también los marxistas, ambos como destacados alumnos de la Ilustración, hoy resulta contestada, en algunos casos rechazada, por creencias y valores que cuestionan la mismísima noción de progreso como idea occidental, cuya finalidad estaría en la exclusiva acumulación de bienes materiales a los cuales son muy pocos los que tienen posibilidades de acceder. En particular cuando el “progreso” aparece asociado a la pérdida de valores, milenarios en muchos casos, y a la ruptura de lazos solidarios tanto como a la fragmentación de las sociedades.

Resulta interesante citar aquí lo que escribió Claudi Pérez en *El País* de España, referido a la desilusión europea: “El eurodesencanto, convertido en

algunos lugares en un irritante euroescepticismo —el de los movimientos nacionalpopulistas que tienen el viento a favor en varios países—, es la penúltima estación de esta crisis que ya no es sólo económica sino, también política y social, de identidad y de modelo; una crisis invasiva, cancerígena, omnipresente.

(...)

‘Ya no se puede convencer a los jóvenes de que la UE es imprescindible para evitar otra guerra. Hay una generación para la que eso ya no vale. Necesitamos nuevas razones’, ha dicho esta semana el Ministro de Hacienda alemán, Wolfgang Schäuble. Durante un tiempo, el recuerdo de la guerra total fue un impulso determinante para construir Europa; después, la economía y la moneda fueron el hilo del que tiró la política para coser las costuras de la Unión. Al cabo, unión monetaria y moneda única exigen una enorme confianza mutua. Esa imprescindible confianza se ha desmoronado”.⁶

En el marco descripto de debilitamiento de lo colectivo con sus diversas expresiones y como consecuencia de las manifestaciones más descarnadas de los intereses de los grandes grupos de poder —valor de lo negativo—, emergen formas diversas de resistencia, desordenadas, a veces anárquicas, pero muy activas en algunos lugares; acciones que responden a la búsqueda de valores comunes para lo cual en más de un caso encuentran refugio en creencias ancestrales, de carácter religioso, como ocurre en el mundo islámico, o bien nacionalistas, separatistas o comunitarias como ocurre en otros lugares del mundo.

Asistimos entonces a un rediseño del sistema de poder en el mundo con potencias declinantes, otras emergentes y perturbadores repotenciados (terrorismo, narcotráfico, mafias transnacionales, etc.) otrora contenidos en la bipolaridad. **Una salida posible frente al desorden creciente que aparece en muchas regiones podría ser la conformación de una estructura imperial conducida por los países occidentales, con centro en los Estados Unidos y la OTAN como brazo armado de la misma; esta posibilidad tiene cada vez más adeptos en los países desarrollados, pero es rechazada por la mayoría de las naciones y comunidades que aspiran a un mundo más democrático y justo.**

Las proclamadas “primaveras” árabes están mostrando, por otro lado, que no existe un modelo único de democracia, pues en la mayoría de los países en que las mismas se han producido fueron reemplazados regímenes autoritarios y despóticos, pero laicos en casi todos los casos, por corrientes y partidos identificados con el Islam, con sus propias y singulares lecturas de qué es para ellos la democracia.

⁶ Pérez, Claudi. *La Europa de la desilusión*. El País, Madrid. 11 de marzo de 2012. Suplemento Negocios Pág. 2.

Por ello estamos, tal como fue señalado al inicio de esta presentación, inmersos en un mundo cambiante e impredecible. Resulta interesante, entonces, citar lo que plantea Antonio Caño en referencia a las próximas elecciones presidenciales en los Estados Unidos: “¿Qué hacer? ¿Qué medidas se requieren para crear sociedades más justas –y, por tanto, más felices y mejor incorporadas a la dinámica democrática– sin poner en peligro el progreso? ¿Debe el Estado actuar con mayor energía en la distribución de los recursos disponibles o hay que dejar que la economía de mercado corrija libremente sus defectos y nos transporte de nuevo a todos a una era de prosperidad? ¿Hay que aferrarse al Estado de Bienestar para garantizar los beneficios de los que hoy gozamos o renunciar a una gran parte de ellos para no perderlo todo? Es un debate de gran complejidad y gigantescas consecuencias. Probablemente, como han adelantado algunos intelectuales, es la cuestión que ocupará durante buena parte del siglo XXI el espacio que acaparó en el siglo XX la pugna entre el comunismo y el capitalismo”.⁷

Las preguntas que se imponen entonces son: ¿hasta dónde es posible la democracia con concentraciones del poder cada vez más importantes e índices de desigualdad crecientes? ¿Sobre qué actividad humana recae principalmente la tarea de construir un nuevo reordenamiento mundial, sobre la política o sobre la economía, o, dicho de otra manera, sobre lo colectivo o sobre mercados por naturaleza anárquicos e impredecibles? ¿El único “modelo” de democracia es el occidental? ¿Qué conflictos pueden suscitarse a partir de estas realidades, con qué actores, y cuáles serán los medios –incluso militares– a emplear?

Como podemos apreciar, estos constituyen, al menos desde nuestro modesto punto de vista, los grandes temas y ejes de debate sobre la situación internacional y su posible evolución. Cada ítem podría ampliarse mucho más y ser analizado en profundidad preferimos, en este caso, aun a costa de simplificar, remitirnos a las cuestiones centrales que impulsen la discusión.

Decíamos más arriba que **la tendencia predominante indica a nivel global valores que encapsulan intereses, lo que no significa la desaparición de los segundos sino la necesidad de los humanos de hallar puntos de referencia trascendentes en su desarrollo y en el de las sociedades que los contienen.**

De allí entonces la importancia de la recuperación de valores, tal como fue observado para otras realidades del mundo contemporáneo, pero de la cual la sociedad argentina no está ausente, dado que, en nombre de consignas y discursos nominalmente “progresistas”, se han impuesto políticas cuyo fin último y concreción pasa principalmente por la acumulación de bienes materiales (para algunos, se entiende), al mismo tiempo que al ciudadano se lo

⁷ Caño, Antonio. *Estados Unidos marca el rumbo*. El País, Madrid. 18 de marzo de 2012. Pág. 8.

Acerca de la situación internacional

trata como a un consumidor de objetos, carente de los valores y creencias que a lo largo de nuestra historia tanto han contribuido a la formación de nuestra identidad nacional, vinculada al destino de la región y con una clara vocación de la defensa, tanto de la igualdad como de la solidaridad.

Identidad, igualdad, solidaridad y construcción nacional son los temas a tener en cuenta para una provechosa inserción de la República Argentina en un mundo crecientemente impredecible y convulsionado.

Siempre resulta oportuno citar a don Miguel de Unamuno cuando decía: “Para innovar, no hay como los clásicos”.